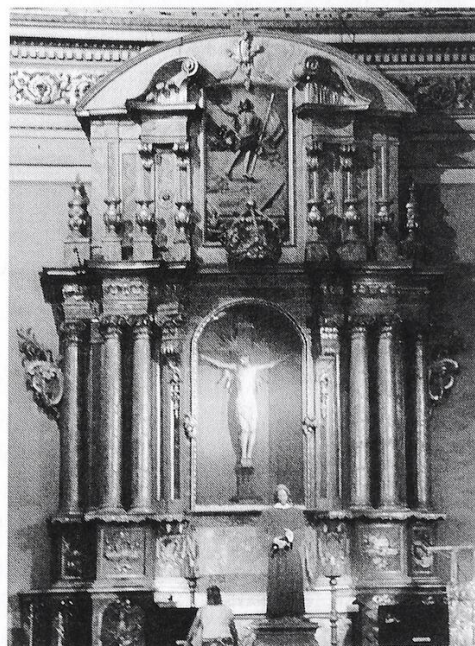


tiza la austeridad del diseño con un leve movimiento de planta y una medida pero rica ornamentación de copones, pilastras y una gran corona que pende encima del centro del entablamento. El de *Santiago* [fig. 29] pierde un par de columnas, las características incrustaciones de los fustes que eran lugar común en la ornamentación local, y el juego de volutas, festones y frontones que establecía cierta dinámica interna en el ático. En cambio la dimensión mayor del nicho y la austeridad del registro superior rematado con un frontón recto con el escudo gallego le dan una *gravitas* clásica acentuada por el claroscuro que producen las columnas y la hornacina. Las tres obras describen un continuo coincidente con la secuencia cronológica en el que la misma base estructural se resuelve de un modo cada vez más despojado mientras que, contrariamente, la importancia del nicho central y el sentido monumental se incrementan. Los tres retablos chicos que hiciera Hernández para cofradías presentan algunas particularidades. El de *San Pedro* [fig. 30], utiliza un ritmo de frontones curvos quebrados que hacen eco al medio punto del nicho y rematan con un arco rebajado en una secuencia dinámica de resonancia barroca pese a la sobriedad. En el de *Covadonga* [fig. 31], en cambio, se apela a una ortodoxia clásica casi escolar que sólo las personificaciones del ático alivianan.



[Fig. 28. Juan Antonio Gaspar Hernandez, retablo del Santo Cristo, Catedral.]